

DOS FORMAS DE LA TRADICION

Javier de Viana y Delmira Agustini pertenecían a la misma generación y, sin embargo, la distancia de fechas entre uno y otro (el narrador nace en 1868, la poetisa en 1886) los separa hasta el punto que parecen de dos generaciones distintas. Por otra parte, cuando la precoz muchacha empieza a publicar sus primeros versos (hacia el 1900), ya Viana ha dado sus mejores libros y ha cerrado su primer período creador. A los treinta y tantos años es un creador completo „ que sufrirá algunas metamorfosis (no siempre fecundas) pero que si se hubiera muerto entonces tendría asegurada su fama para siempre. La muchacha en cambio es en el 900 apenas un aprendiz de poeta, blando y cursilón, que necesitará el fuego de una pasión reprimida para llegar a ser simplemente Delmira.

Pensaba en esto al leer hace poco dos libros de autores uruguayos que teóricamente pertenecen a la misma generación del 45, que sólo están separados por seis años (uno es de 1921, el otro de 1927), y que sin embargo parecen de dos generaciones distintas. El mayor, José Pedro Díaz, es un escritor precocísimo que ya en 1939 estaba publicando plaquettes de versos, que entró vertiginosamente a la docencia, que tiene varios volúmenes de narraciones en su haber y que el año pasado publicó su primera narración extensa. **LOS FUEGOS DE SAN TELMO** (Montevideo, Ediciones Arca, 1964, 150 pp.). El menor es Jorge Musto que en este año ha publicado su primer libro, una novela titulada **UN LARGO SILENCIO** (Montevideo, Ediciones Alfa, 1965, 199 pp.). Lo que separa a Díaz de Musto no es sólo seis años y una experiencia literaria mayor: es una concepción distinta del oficio literario y del sentido de una tradición.

EL VIAJE A LAS FUENTES.

En su novela, Díaz ha utilizado los recuerdos de un tío, nacido en un pueblito de Italia, más su propia experiencia de viajero por la península y su cultura literaria que le hace enlazar ambos temas con recuerdos del Palinuro de Virgilio y con la glosa de otro Palinuro, el ensayista inglés Cyril Connolly en su excelente **Tumba sin sosiego** (1944). Con ese material literario y autobiográfico, Díaz ha compuesto un libro en que el viaje a Europa se convierte en viaje a los orígenes, viaje a las fuentes, recuperación viva de una experiencia que llevamos los americanos europeos en la sangre. Es un libro hermoso, escrito sin prisas, de una dignidad indudable. Es un ejercicio de cultura de un escritor que cuenta entre los más dedicados de nuestro medio. De muy otra índole es el libro de Musto.

Ante todo, su experiencia vital es distinta. Llegado un poco tardíamente a la publicidad literaria, Musto egresó de la Escuela de Arte Dramático de El Galpón en 1961; ha trabajado para esta institución en carácter de actor y también ha dirigido un espectáculo, una versión expresionista de **El sueño americano**, de Edward Albee, que se estrenó en 1963 con general aplauso crítico. Ya ha escrito otra novela y algunos cuentos, pero por ahora hay que juzgarlo por este libro único. Finalista en el Concurso Alfa de Novela, la obra se impone por una intención literaria exigente y una factura muy cuidadosa. **UNA AUSTERIDAD NOTABLE.**

Lo más notable en Musto (y esto se lo ha señalado ya la crítica) es su deuda narrativa con Onetti y, a través de éste, con William Faulkner. Su libro desarrolla su historia en dos planos: en uno (**El balneario**) se cuenta en tercera persona y con una cronología deliberadamente confusa la instalación de una familia en un pequeño balneario del Este y algunos incidentes que terminan con un ahogado; en el otro nivel (**Susana**) la obra cuenta sucesos complementarios a través del relato de la hija del protagonista. Esta técnica de contrapunto (que deriva de **Las palmeras salvajes** pero no la copia servilmente), permite descubrir mejor los fondos de ambas historias. Una lectura atenta demuestra que ese desconocido que insulta al protagonista sin mayor motivo aparente es el marido de una mujer que el protagonista abandonó por cobardía y que suicidó por él. Otros episodios que parecen confusos resultan claros a la luz de la psicología profunda de unos seres que Musto maneja con penetración.

Todo el clima de incesto contenido, de homosexualismo latente, de inevitable corrupción moral está presentado por Musto sin ninguna complacencia. Por el contrario, hay una austeridad notable en su visión. De ahí que el relato de Susana adquiera un carácter ejemplar y que en las últimas páginas proporcione una clave a la novela: al rechazar a su padre, Susana rechaza una herencia de componenda, de acomodo, de blandura, de cobardía que es lícito entender no sólo en el plano de la ficción sino en un plano nacional más amplio.

En tanto que Díaz viaja hacia las fuentes europeas para encontrar una tradición nutricia, Musto se hunde en la realidad concreta en busca de una respuesta a la crisis del presente. Uno recoge su herencia; el otro se niega a aceptarla, para poder asumir más hondamente la realidad. Ambos enriquecen así una tradición literaria con su aporte doble y hasta contradictorio.

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL.